

colecciones



POR JULIANA RODRÍGUEZ. FOTOS DE AGOSTINA ROSSO. Las sierras ofrecen a turistas y paseanderos un surtido de espacios privados que sus propietarios decidieron abrir al público para mostrar sus preciados tesoros culturales y convidar la filosofía que anima sus recopilaciones. Sin duda, en la variedad está el gusto. Visitamos dos emblemas de esa especie: el clásico Rocsen y el Museo Hippie.

¿Qué hacen los visitantes de las sierras cuando no van al río? Copan teatros, ferias, parques de diversiones o templos del videogame. Y también museos. Más allá de los tradicionales paseos para ver colecciones arqueológicas, artísticas, de automóviles o herramientas antiguas, hay otros espacios en donde una vitrina y una etiqueta convierten a los objetos más extraños en piezas de colección.

Dice la Real Academia que un museo es un lugar en el que se guardan "colecciones de objetos artísticos, científicos o de otro tipo, y en general de valor cultural, convenientemente colocados para que sean examinados". En el "otro tipo" puede irse la vida. Así, en París y con barbijo se puede visitar el Museo de la Alcantarilla; en Madrid hay paseos subterráneos por el Museo del Metro; en Nueva Delhi hay un lugar que exhibe inodoros como si fueran jarrones Ming; en Boston llaman Museo de la Basura al que contiene cualquier objeto que las celebridades descarten; y Amsterdam tiene su antro de Venus que expone rarezas del sexo.

Las sierras no tienen nada que envidiar a estos lugares. Casi siempre atendidos por sus propios dueños, y sostenidos también con su propio empecinamiento, hay todo un circuito de museos distintos en las rutas cordobesas. Uno puede visitar, por ejemplo, el Museo del Hincha, en Villa Santa Cruz del Lago, y su colección de remeras, fotos, pelotas o césped (sí, césped). O puede darse una vuelta por el Museo del Muñeco, en Bialeto Massé, para ver sus trajecitos, paños y ojos de Yoly-Bell. O puede pasar por Capilla del Monte, donde hay exposiciones varias sobre otro tipo de objetos, los voladores y no identificados. Así, se puede conocer el Museo OVNI, o el Centro de Informes sobre OVNI (con videoteca, hemeroteca y archivos). En Villa General Belgrano, entre artesanías y cervecías alemanas, también se asienta otro Museo OVNI que promete información y muestras sobre el fenómeno.

todo tiene que ver con todo

Quizá el ejemplo más longevo es el Rocsen, que está cumpliendo 40 años. Está ubicado tierra adentro de Nono, Traslasierra, donde Santiago



compartidas

Bouchon decidió abrir sus puertas. Visitarlo es, para quien nunca fue, una experiencia insólita; y para quien ya lo conoce, un regreso que nunca agota sus curiosidades: hay de todo.

"Quien no tiene información científica específica, se aburre en un museo temático cuando vio mil piedras, mil fósiles o mil cacharros", adelanta Bouchon en la puerta de ingreso, con sencillas alpargatas, tiradores, y 81 años que parecen la mitad. Ya en su recinto, se comprueba que si hay algo imposible de hacer allí es aburrirse: Al lado de la vitrina de rocas varias hay una recreación de un *"rincón del aristócrata argentino"*; más allá, una ostra se abre como una boca hambrienta; cerca de la momia de un comechingón, una proyectora de cine del tamaño de una locomotora y el esqueleto de un ternero de dos cabezas.

Al llegar, a cinco kilómetros del centro de Nono, un cartel anuncia que el museo abre *"los 365 días del año, desde las 9 hasta que caiga el sol"*. Luego, se erige un templo de perfil neoclásico, color terracota, enorme, con una hilera de figuras que, como columnas griegas, lo sostienen. La primera estatua es un hombre del paleolítico; la última, Martin Luther King. Entre ambos, Gutenberg, Buda, un druida igual a Panorámix, Marie Curie, Ceferino Namuncurá y Jesús, rodeado de niños y niñas (una de ellas, hasta parecida a Mafalda). ¿Pero qué tienen en común? Santiago, también escultor, explica que todos representan a la evolución del pensamiento, siguiendo una línea pacifista. *"Por eso no hay ningún César, Napoleón, Hitler ni Bush. Son 49 estatuas, por el 7 veces 7, número místico"*, aclara.

Cuando uno aún no terminó de asombrarse por la fachada, el interior reemplaza ese desconcierto por otro mayor. La sensación se repite en toda la visita: en cada sala hay una sorpresa y uno nunca sabe qué va a aparecer en la siguiente. Así, después de la exposición de mecánica y transporte, surge de una pared un cóndor embalsamado, y tres pasos más allá una colección de muñecas antiguas.

¿Qué es digno de coleccionar y de exponer? *"Todo"*, responde categórico Bouchon, y se apresta a explicar por qué llama a su museo *"polifacético"* y cómo entiende y vive ese sincretismo que sostiene que *"nada es separable de nada y todo es parte de todo"*. *"Nunca pierdo el poder de asombro"*, cuenta él mientras camina junto a una vitrina que tiene un *"pellejo humano reducido por los jibaros de Ecuador"*.

La elaboración de los carteles y del catálogo corren por cuenta de Bouchon, que hizo estudios de antropología en Francia, se declara autodidacta en ciencias naturales, humanista y defensor del medio ambiente. Por eso, es inevitable sentir ternura al ver un cuero de cebra (expuesto al lado de un trineo canadiense) cuyo cartel escrito a máquina aclara que

Santiago Bouchon





no fue cazada sino que “murió de vieja en los suburbios de Dakar”. Bouchon nació en Francia, es veterano de la Segunda Guerra Mundial, llegó a la Argentina para trabajar en la embajada francesa, le gustó y se quedó. Se instaló en Nono en 1959 y abrió el museo diez años después. Recuerda que desde chico amaba coleccionar y advierte que su pasado en la guerra forjó su pacifismo. Por eso, la sala de armas es más una advertencia que una muestra de orgullo. Allí conviven un pedazo del mu-

cuando uno aún no terminó de asombrarse por la fachada, el interior reemplaza ese desconcierto por otro mayor. la sensación se repite en toda la visita: en cada sala hay una sorpresa y uno nunca sabe qué va a aparecer en la siguiente.

ro de Berlín, una “esquirla del estallido de la fábrica militar de Río III” y bayonetas del siglo XIX. No importa qué digan las publicidades, el mundo nunca cabrá en un MP3. Pero quizá sí quepa en un museo serrano.

conservando un símbolo de paz

En San Marcos Sierras está el museo que quizá más ha llamado la atención en los últimos años: el Museo Híppie, que se jacta de ser el primero del mundo y que abrió sus puertas en 2001. En pleno pueblo, cerca de la encantadora placita polvorienta donde confluyen restaurantes vegetarianos, casas de venta de alimentos orgánicos, miel casera y tés de mil colores y propiedades curativas, está el museo, austero y un poco caótico, como debe ser.

El paseo ofrece una selección de objetos que adquieren valor agregado por la historia que cuentan y las manos por las cuales pasaron, más que por su materia misma. Así, se pueden encontrar una guitarra que fue de Tanguito, manuscritos de Alfonsina Storni y de Javier Martínez, carteles realizados por Marta Minujín, libros amarillentos o una copia del primer *long play* de los Beatles. “Hay 20 de estos discos en el mundo, y sólo se exhiben dos, uno en Londres y otro acá”, cuenta su creador, Daniel Domínguez, mejor conocido como “Peluca”. ¿Y cómo llegó ese disco a sus manos? “Es una larga historia”, resume él, que en diciembre estuvo ocupadísimo en su rol de productor local del rodaje de la película “Pájaros volando”, dirigida por Néstor Montalbano y protagonizada por Diego Capusotto.

“La gente tenía una idea errada del concepto híppie, a raíz del discurso de los medios y de los intereses del sistema. Así que pensé que era válido contar las bases filosóficas del híppismo”, advierte Peluca para explicar cómo se le ocurrió armar el museo. Así, tras un año de manos a la obra, creó el pequeño museo, una cápsula del tiempo que lleva derecho a los años 60.

El museo abre las puertas todos los días menos los martes, de 9 a 13 y de 18 a 21, y lo que todos destacan como más valioso es el paseo guiado y la charla expositiva que ofrece el mismo Peluca. Mientras describe las piezas reunidas a lo largo de los años, narra el origen del pensamiento híppie y su influencia social, cultural y política en la zona del pueblito. Cuando la enciclopedia oral del híppie acaba, aún queda el último paso.

Afuera del lugar, al aire libre, se acomodan en hilera un montón de botellas verdes, prolijamente colocadas una sobre la otra. Se trata de la pieza “conceptual y colectiva” en la que el visitante es invitado a participar activamente antes de irse, añadiendo una nueva botella que contenga un mensaje de paz. Al final, todos esos envases formarán



Daniel “Peluca” Domínguez

un gran símbolo de la paz (transparente y frágil, pero sostenido por el aire y las palabras).

La experiencia del Museo llegó a oídos de todo el país, medios, curiosos o nostálgicos, que llegan preguntando si es verdad que existe allí un museo hippie. Incluso, el año pasado sus responsables fueron invitados por la Galería Júpiter para estar presentes en la feria de arte contemporáneo ArteBA. "Fue una experiencia maravillosa. Nos encontramos con gran-

ofrece una selección de objetos con valor agregado por la historia que cuentan y las manos por donde pasaron, más que por su materia misma. así, se pueden encontrar una guitarra que fue de tanguito, o una copia del primer long play de los beatles.

des artistas de la Argentina y de otras partes del mundo y llevamos unas piezas de arte rural, creadas con soja y esqueletos", evoca Peluca.

Desde la Galería Júpiter, Martín Kovensky cuenta que llegaron a vender una obra realizada con materiales reciclados, y recuerda que fue todo un gesto incluir las obras en una producción de artistas convencional, formal y con la lógica de mercado del circuito artístico de Buenos Aires. La presentación tenía sus tintes irónicos, su humor, pero también dio pie al análisis a través del desconcierto. En sí mismo, un manifiesto hippie, como las obras de Peluca, como su museo. 🎧

tripledelevé

www.museorocsen.org

www.sanmarcossierras.com

www.museodelhincha.com.ar



27

